

Víctor del Árbol

El tiempo de las fieras



Víctor del Árbol

El tiempo de las fieras



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Víctor del Árbol, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Victoria Hunter / Arcangel Images

Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2025

Depósito legal: B. 13.337-2025

ISBN: 978-84-233-6839-6

Impreso en España

I

Isla de Cubagua, Venezuela, tres semanas antes

Pensándolo bien, el espectáculo tenía su gracia. Llegaban por la mañana temprano, en grupos pequeños, desembarcaban disciplinadamente con ropas holgadas y aire concentrado. La mayoría solían ser turistas gringos, pelirrojos o rubios de piel quemada y ojos transparentes. No sé qué hacían ahí durante una hora, con las piernas cruzadas en plan indio y los rostros elevados al sol naciente. Rezar, o meditar —la nueva religión sin Dios—, o puede que durmiesen y soñasen que eran mejores personas. Luego, como si sonara un gong en sus cabezas, volvían a la vida como muñecos o marionetas a los que alguien sacudiera con una mano invisible, y se celebraban unos a otros, se aplaudían, se abrazaban, se felicitaban, renovados. No entiendo muy bien lo que hacen todos estos discípulos de Deepak Chopra, de Sadhguru o de Ram Dass, qué esperan obtener. Supongo que algo de consuelo, un poco de paz, de sentido. Se niegan a ser parte de una casualidad cósmica sin propósito alguno. Cuando se marchaban en el barco que los había traído me dedicaba a recorrer la playa desierta y buscaba restos de lo que habían dejado allí, como si este fuera el vertedero

emocional donde habían abandonado sus miserias, sus frustraciones y su dolor. No encontraba más que la arena revuelta, a veces un pañuelo de papel arrugado, una colilla o un botellín de agua. El aire no parecía haberse contaminado de su sufrimiento o con sus súplicas, no veía tampoco restos de catarsis, ningún milagro se había obrado.

Los waraos llaman a Cubagua la isla de los cangrejos. Y eso es lo que hay, por todas partes: cangrejos, cardones, buches, una cosa que aquí llaman melón del cerro y mezquite, conejos silvestres, iguanas y ni una gota de agua dulce en toda la isla. Apenas hay media docena de casas, repartidas entre la Punta de Arenas y la Punta de la Horca, y un pequeño muelle con una pasarela de troncos y un galpón que está cerrado casi todo el año; solo abre un par de horas en temporada, venden baratijas, postales que el tiempo ha decolorado, refrescos con la chapa oxidada y playeras que se reblandecen al sol.

Nadie en su sano juicio querría vivir en un lugar como este ni esperaría encontrar aquí la santidad. Era el sitio perfecto para mí. Lo único que debía hacer era mantenerme alejado de los turistas.

El problema era qué hacer con la soledad. Supongo que, tras casi tres años escondido allí, acabé convirtiéndome en un experto en el horizonte. Eso era a lo que me dedicaba ahora, a mirar a lo lejos como hacen los viejos. A ponerme a prueba con la melancolía de esos atardeceres, cuando el cielo se recogía pronto, las nubes descendían hasta la superficie lisa del mar y se doblaban despacio, como una manta púrpura. Esa era la hora en que las iguanas abrían la boca y sus ojos se teñían de rojo, cuando los albatros se largaban a sus cagaderos y las pocas palmeras cabeceaban, aburridas

de tanto lirismo. No había nada que pensar, ni que sentir ni que hacer. Excepto mirar y olvidar.

Dos veces por semana caminaba hasta la Punta del Hugonote. De vez en cuando necesitaba rodear la isla y visitar a Margar. Ella era para lo que me preparaba, la razón por la que, al menos, valía la pena seguir respirando. Me gustaba fondear entre las mariposas que tenía tatuadas en las ingles, y perderme en esos ojos suyos descoloridos que no hacían preguntas y no querían respuestas. Margar era una náufraga como yo. No siempre estaba dispuesta a compartir su cama, era críptica como todos los misterios, y nunca supe si era yo quien la llamaba o ella la que decidía hacerme venir. No sabría decir qué nos unía. Ambos nos sentíamos cómodos con nuestra soledad; pero también los erizos necesitan juntarse de vez en cuando para clavarse mutuamente las púas. Eso nos recordaba que estábamos vivos. Con ella, nunca se sabía qué iba a pasar, cuándo el goce o el dolor, si aparecerían juntos o por separado. Con el tiempo, aprendí a reconocer las señales premonitorias que anunciaban sus estados de ánimo cambiantes: la quietud repentina de sus párpados, el silencio que se adensaba en sus labios mulatos, la electricidad en el aire cuando se desabrochaba el vestido, como si se abriera una brecha entre lo real y lo irreal. Le gustaba pasear desnuda por la noche. Su presencia era entonces menos corpórea, no estaba aquí por entero, se parecía más bien a un rumor. Había algo fascinante en su silueta al tumbarse a mi lado sin decir nada. ¿Cuánta gente es capaz de estar junto a alguien sin pronunciar una sola palabra? Acercaba la mano a su pecho oscuro y mojado y ella no reaccionaba. Me oteaba, como si yo fuera algo lejano, simplemente. Esa clase de mirada que ha visto de todo y no se cree nada. Solo al descender hacia su

vientre experimentaba una repentina ligereza en la velocidad de sus fosas nasales y una caída de gravedad en sus pómulos. Podríamos decir que sonreía. Y la sonrisa se quedaba ahí, entre sus dientes. En silencio.

Pude preguntarle quién era, cuál era su historia, pero no lo hice. A fin de cuentas, todos venimos de algún secreto. O tal vez, solo tuve miedo.

Margar vivía en la otra parte de la isla, entre las ruinas de Nueva Cádiz, rodeada de historia muerta hace siglos y de la densidad de unas pocas zarzas a escasos metros del mar. Aquí había fundado su nuevo reino, su firma estaba en las pocas piedras que había alzado, un galpón junto a la casa con unos pocos animales esmirriados y un huerto donde no crecía nada. A mí me parecía arrogante pretender darle vida a ese erial, la misma altanería sin sentido de los colonizadores españoles del siglo xvi. Toda esa furia obsoleta, batallar por un puñado de nada que al final será abandonado por todos era una locura.

—¿Por qué te empeñas en levantar algo aquí? Dentro de cien años nuestra sangre estará muerta.

Desde el alero del sombrero desmigajado que llevaba puesto aquella mañana miró alrededor inmune al pasado y al desánimo. Se agachó y recogió un puñado de tierra baldía, endurecida.

—Porque quiero que crezca algo de mí, algo nuevo.

Yo no dije nada. Los desvaríos son cosas privadas. Solo pensé que nada nuevo nace de lo viejo; para ello se necesitaría una estirpe nueva, otra humanidad, sin redaños para la premeditación, la doble intención o el embuste. Una voluntad sin ambiciones. Algo imposible, si debo fiarme de mi experiencia.

Caminamos hacia la casa. La luz entraba por la única ventana, tamizada por una ligera cortina. En

la estancia flotaban partículas de polvo que atravesaban el humo del fuego a tierra donde se preparaban las brasas. Sudábamos, y el sudor estaba impregnado de olores confusos. Mi memoria recuperó algunos jirones de otras vidas, de mi madre en la cocina de nuestra casa de Guadalajara, de mi hermana Elisa haciendo sus deberes junto a la mesa espolvoreada de harina y de los cigarrillos Delicado que fumaba mi padre frente al televisor, consultando los resultados de las apuestas en su cuaderno del hipódromo y con su inevitable lata de cerveza, que usaba de cenicero. Es curioso que en esa imagen de mi memoria nunca aparezco yo, no sé dónde estoy. Tal vez solo soy el observador. Eso hacía siempre de niño, observar a los demás desde un rincón.

Y eso hacía aquella mañana. Observar a Margarita limpiando los pescados azules a una velocidad endiablada; lo hacía sin amor, como si quisiera acabar deprisa para pasar a otra cosa.

—Se te da muy bien el manejo del cuchillo.

Me echó una mirada de reojo y me pidió que pusiera la mesa, junto a la entrada. Allí corría un poco más el aire y podíamos respirar sin parecernos a esos peces que boqueaban antes de ser destripados y echados al fuego lento. Encontré un par de platos desaparejados y unos vasos de vidrio grueso con el borde mellado.

—No recibo muchas visitas —dijo, sin que sonara a disculpa. Solo constataba el hecho de que, aunque nos hubiéramos acostado una docena de veces, yo seguía siendo un visitante en su cama.

Comimos bien, algo ensimismados, mirando de vez en cuando hacia las antiguas ruinas. A ratos parecíamos un matrimonio acomodado en las rutinas de un guion, intercambiamos alguna anécdota sobre gente que vivía

en la isla —media docena en total—: las pequeñas disputas por una linde o un animal que había invadido un sembrío ajeno; las guerras del aburrimiento. Hacia el final, Margar sirvió la última copa de vino, se recostó en la silla y entornó los ojos mientras escuchaba los sonidos de fuera. Pensé que era una invitación a marcharme, pero de repente, mudó el gesto y, todavía con los ojos cerrados, murmuró, como si hablara en sueños:

—Debiste hacer algo grave para acabar escondiéndote aquí.

Teníamos un pacto tácito: no hurgar en el pasado del otro. No hacer preguntas para no tener que mentirnos en las respuestas. Ella lo rompió unilateralmente. Hay afirmaciones que suenan como advertencias, incluso como amenazas.

—Todos estamos atrapados aquí por algo —dije con recelo. Me fijé en sus venas, anchas y con relieve; por ellas circulaba con lentitud un denso torrente de sangre mulata.

—He oído cosas sobre ti.

Al alcance de sus dedos tenía la empuñadura del cuchillo.

—¿Y dónde las has oído? ¿En las conversaciones de las iguanas?

Abrió los ojos pesadamente y me contempló con paciencia, con arrugas que se formaban alrededor de sus bonitos ojos de piedra.

—Podrías quedarte aquí, conmigo. Hasta le pondría tu nombre a una calle.

—No sabes cómo me llamo. Y aquí no hay calles.

—Entonces será la calle sin nombre. Tendrá que ser un callejón sin salida.

La miré fijamente. Vi en la dirección que se movía su mano. Me entristecí.

—No lo hagas, Margarita.

Ella no desistió.

—No te juzgo, ¿sabes? A un hombre que ha vivido no se le dice cómo morir.

Fue lo único que dijo, o lo único que yo creí oír, porque apenas movió los labios. Deslizó su mano hacia el mango del cuchillo, que tenía todavía escamas y restos de pescado, e intentó apuñalarme. De nuevo, me entristecí.

—No lo hagas —repetí, ya sin esperanza.

Apenas tuve tiempo de esquivarla, aunque no pudo llevarse más que un jirón de piel a la altura del antebrazo derecho. Hubo unos segundos de duda, de tanteo casi ridículo, infantil, ella moviéndose hacia mi derecha, tanteando, y yo hacia su izquierda, esquivando, con la mesa y los restos de comida de por medio.

—Así somos, ¿verdad?

—Así somos.

Está en nuestra naturaleza, es inevitable: nada puede retroceder cuando se pone en marcha. Ella no retrocedería y yo no la dejaría escapar, ahora que había descubierto la amenaza. Al final, la impaciencia la hizo fallar, lanzó un ataque, la esquivé y la golpeé con todas mis fuerzas. No le permití reaccionar. Usé la botella de vino y la estrellé en su hermoso rostro, derribándola. Le rompí la nariz. Su bonita nariz, que se dilataba al tener un orgasmo. Todavía intentó clavarme el cuchillo en el costado desde el suelo. Tuve que romperle la muñeca para desarmarla. Luego fue rápido. Un golpe seco. El hueso del cráneo contra el suelo, sin eco. Casi sin teatro. Una muerte sin suciedad, inesperada y sorprendente. Como un accidente.

Encontré su documentación en el fondo de un cajón, escondida entre camisas floreadas, dentro de una cartera de cuero acartonada por el salitre. Una antigua cartilla militar: Margarita Robles Rodón, exmiembro del servicio de contrainteligencia del ejército hondureño. Palabras mayores, los herederos del batallón 316, que operó bajo el mando del general Gustavo Álvarez Martínez en la década de los ochenta en ese país. Gente dura. Debería haber imaginado algo así. He conocido a algunos como ella: exmiembros de Sombra Negra en El Salvador, La Triple A de José López Rega en Argentina, Los Kaibiles en Guatemala... Escuadrones de la muerte, asesinos y torturadores. Margar —al menos su nombre era cierto, como si no tuviera de qué avergonzarse— era una profesional reconvertida en agente libre, como yo. Alguien le había pagado para matarme.

No era difícil saber quién. Un perro que no muere cuando el amo se lo manda es un perro que no sirve. Se lo sacrifica. En mi mundo no existen ni el perdón ni el olvido cuando se traiciona a quien te paga. El Oso Dávila no era de los que perdonan esa clase de debilidad. La cuestión era cómo había dado conmigo después de tres años.

Nadie sabía dónde me escondí tras lo que pasó en España. Excepto una persona. Solo ella podría haberme delatado. Pero era demasiado terrible aceptarlo.

Cavé una tumba para Margar, suficientemente honda para que los perros vagabundos no pudieran desenterrar el cuerpo. Me resultó extraño que muerta pareciera tan poca cosa, como si hubiera encogido y retrocedido en el tiempo. En su piel cerosa quedaba una ínfima

traza de olor. No le guardé rencor por haber intentado matarme y espero que ella tampoco me lo tuviera por habérselo impedido. Tenía sus razones y yo las mías, pero ella estaba muerta y yo vivo. Y, al final, los vivos siempre tienen más razón que los muertos.

Cubrí el hoyo con piedras. No sabía si era religiosa, así que no señalé el lugar con una cruz ni con ningún otro símbolo. No creo en esas monsergas. Todo lo que tiene aliento nos abandona y eso es todo.

Me vino a la mente la imagen borrosa de mi madre sentada en la mesa de la cocina, su cabello recogido en un moño iluminado por una lámpara de queroseno, la mitad de su rostro a oscuras, leyendo aquellas revistas europeas que mi padre le traía de no se sabe dónde, suspirando. El movimiento de su cuerpo, el leve crujido de la silla de madera pintada de azul. Y mi hermana Elisa, con seis años, sentada entre sus tobillos, pintarrajeando el suelo de cemento con una tiza verde y otra azul.

No me da vergüenza admitir que aquel recuerdo me hizo llorar sin lágrimas. Nadie, excepto las iguanas, podía verme. Y las iguanas no creen en el karma.